

## La peste negra (1348)

*Aquí el autor da a conocer en qué ocasión las personas que han de figurar en estas obras se reunieron para contar cuentos, presididos por Pampinea, sobre lo que más les gustaría hacer a cada uno.*

Cuando pienso ioh sexo encantador!, en vuestra sensibilidad natural, no ignoro que el principio de este libro os resultará desagradable, ya que os recordará el hecho doloroso de la peste mortal, fatal para aquellos que fueron testigos de ella o que la pasaron.

No querría que este preámbulo os hiciera abandonar la lectura del libro, convencidas de que no encontraríais en él sino motivos para llorar. Quiero, por el contrario, que sea tan horrible comienzo como una montaña escarpada, al otro lado de la cual se extendiera una llanura fértil, llanura que el viajero fatigado descubre con tanto placer cuanto más le ha costado subir y bajarla, pues lo mismo que el placer deja paso al dolor, así el dolor cesa a la llegada de un acontecimiento feliz.

Después del enojo que pueda causaros esta corta introducción, vendrán enseguida la dulzura y el placer que os he prometido, y que ciertamente, sin tal promesa, no se esperarían después de semejante principio.

El año de la Encarnación de Jesucristo (1348), la peste invadió la ciudad de Florencia, bella sobre todas las otras ciudades de Italia. Producida por la influencia del aire o por nuestras iniquidades, lo cierto es que esta calamidad fue enviada a los mortales por la justa ira de Dios. Años antes había nacido en distintas partes del Oriente, donde hizo perecer a muchísimos habitantes. Luego, sin detenerse, se extendió de país en país, siguiendo su ruta hacia Occidente, cayendo al fin sobre nuestra desdichada ciudad.

La peste no se manifestó, como en Oriente, por una hemorragia por la nariz, que era el signo cierto de una muerte inevitable. Aquí, al principio, se declararon en personas de uno y otro sexo tumores, bien en las ingles o en las axilas. Los unos se ponían gordos como una patata ordinaria, los otros como un huevo, los demás de diferentes obesidades. Al poco tiempo, aquellos tumores se extendían por todo el cuerpo y la enfermedad se hacía mortal. Muchos otros síntomas podían manifestarse: manchas negras o azules aparecían en los brazos, en las caderas y en las demás partes del cuerpo; unas, grandes y espaciadas, otras, pequeñas y abundantes, y, lo mismo que los tumores, eran una señal de muerte. Parecía que ante tales síntomas todos los remedios de la medicina fueran impotentes, y todos los que eran atacados morían al tercer día, sin que tuvieran fiebre ni otra cosa por el estilo. La peste era terrible puesto que se contagiaba a las personas sanas por medio de las enfermas con igual prontitud con que se comunica el fuego a las materias secas y combustibles.

Una cosa extraordinaria y que no hubiera creído, ni mucho menos escrito, si no la hubiese visto y su muchas personas dignas de crédito no hubieran sido testigos como yo y no me la hubieran repetido, fue la siguiente: dos cerdos habían removido con el hocico y mordido con los dientes unas vendas que estaban tiradas en la calle y que habían sido usadas por un enfermo, muerto de aquel mal. Apenas habían dado uno o dos mordiscos, cayeron muertos y como envenenados sobre las vendas.

Todos evitaban y huían a los enfermos y a cuanto los rodeaba para no ocuparse más que de su salud. Creían que la sobriedad y la moderación eran el mejor preservativo, vivían aparte, guareciéndose en pequeños grupos en las casas donde no había enfermos. Allí no comían más que alimentos escogidos y bebían excelentes vinos. Rehuían cualquier exceso, no hablaban y no permitían que nadie hablase de lo que sucedía afuera, ni de muerte ni de enfermedad. En fin, pasaban el tiempo haciendo música o saboreando cuantos placeres podían procurarse. Otros, por el contrario, estaban convencidos de que el mejor remedio contra tan gran mal era el de beber mucho, el de cantar y divertirse sin cesar, el de ir y venir, satisfaciendo todos sus caprichos y riéndose de todo. Así pasaban el día y la noche, de taberna en taberna, ocupados en gozar sin regla ni medida. Hacían lo mismo y más a menudo todavía en las casas de los demás en cuanto se enteraban de que había en ellas algo que les conviniera o pudiera permanecer mucho tiempo en este mundo habían olvidado el sentido de lo que les pertenecía, asó como el de su propia conservación, de suerte que la mayoría de las casas eran de todos, hasta el punto que el extraño que quisiera entrar en ellas podía hacerlo y usar de cuanto hallase dentro como el dueño mismo. No se preocupaban, en suma, sino de evitar a los enfermos.

En el estado de aflicción y de miseria a que la ciudad se vio reducida, la venerable autoridad de las leyes humanas y divinas se había como disuelto el no haber magistrados que las hicieran ejecutar. Estos, como los demás, estaban enfermos o

habían muerto, o estaban tan aislados que no podían cumplir función alguna, de manera que cada cual podía hacer lo que se le antojase.

Unos observaban un justo medio entre los dos géneros de vida que he señalado. Sin privarse de todo como los primeros, no entregarse a la bebida y los demás excesos como los segundos, usaban de todo conforme a su necesidad. En lugar de encerrarse, se les veía ir de un lado para otro, llevando flores o hierbas de olor, o algún perfume cuyo aroma aspiraban a menudo, para así proteger sus órganos de la infección, pues el aire entero parecía infectado por el hedor de los cadáveres, los enfermos y los remedios.

Algunos tenían una idea más cruel, aunque tal vez más acertada: decían que el mejor medio de garantizarse contra la peste era huir de ella. Convencidos de que eso era lo mejor, muchos hombres y mujeres no pensaron más que en sí mismos y abandonaron su ciudad natal, sus casas, sus bienes, su familia y marcharon al campo, como si la cólera de Dios, que quería con aquella plaga castigar la impiedad de los hombres, no debiera caer sino sobre aquellos que se hallaban dentro de la población, pues no había de quedar alma viviente en aquella desdichada ciudad a la que había llegado su última hora.

Bien que muchos de los que adoptaron aquel partido escapaban al mal, algunos fueron atacados por él, pero el ejemplo que habían dado cuando estaban todavía sanos fue seguido por los demás, que no tardaron en abandonar a su vez la ciudad.

En fin, se vio a los ciudadanos huir unos de otros, al vecino permanecer indiferente acerca de la suerte de su vecino, a los parientes temiéndose ver o no viéndose sino raramente y a distancia. El terror llegó hasta el punto de que un hermano abandonaba a su hermano, el tío al sobrino, la mujer al marido, y, lo que es peor todavía y casi no se cree los padres y las madres temían visitar y cuidar a sus hijos, tal que si fueran extraños.

Los enfermos, cuyo número era incalculable, no recibían ayuda sino de la simpatía de un reducido círculo de amigos o del interés de unos mercenarios que no les prestaban dicha ayuda sino con la esperanza de recibir un enorme salario. No obstante, estos últimos eran pocos: gente por lo demás limitadas, nada prácticas en semejante servicio, buenas sólo para dar a los enfermos lo que éstos pedían o para verlos morir, que, a menudo, morían también, perdiéndose ellos y la ganancia que habían obtenido.

De aquel abandono de los vecinos, de los parientes y de los amigos, de aquella falta de criados nació una costumbre casi desconocida hasta entonces. No había ninguna mujer, por joven y bella que fuese o de ésta o la otra condición, que cuando cayera enferma pusiera reparos en tomar a su servicio un hombre joven o viejo ni en desnudarse ante él, cuando la enfermedad lo exigía, como lo hubiera hecho ante otra mujer. De lo que resultó que las que se curaron tuvieron en lo sucesivo menos pudor y vergüenza.

Muchas personas no hubieran perecido si se les hubieran prestado los auxilios necesarios. En fin, fueron tantos los que a diario morían, tanto por la virulencia de la enfermedad como por la imposibilidad de procurarse los remedios necesarios, que era aquél el cuadro más horroroso que se haya visto o del que se haya hablado jamás.

Nacieron, pues, entre aquellos que se salvaron, hábitos totalmente distintos a las antiguas costumbres de los florentinos. En el momento de la muerte ya no se estaba rodeado de mujeres, de parientes y de vecinos, que antes acudían a llorar en torno al lecho. Los vecinos, los parientes próximos, la masa de los ciudadanos y, según la calidad del muerto, el clero, ya no esperaban a la puerta de la casa. Sus semejantes ya no llevaban sobre sus hombros con pompa y magnificencia al difunto, precedido de cirios funerarios, a la iglesia que él mismo había elegido antes de su muerte. Por el contrario, se abandonaba la vida sin testigos, y tan sólo a un pequeño número de personas se les dispensaban las lamentaciones y los llantos de sus amigos. En lugar de tales signos de dolor, se solían escuchar en los duelos palabras divertidas y estallidos de risa, costumbre que las mujeres, sacrificando su natural piedad en interés de su propia salud, habían adoptado fácilmente.

Era raro que acompañaran a los difuntos hasta su sepultura más de diez o doce vecinos. A veces, eran especies de cargadores escogidos entre el más bajo pueblo quienes llevaban la caja a la iglesia más próxima, precedidos de cinco o seis sacerdotes, quienes, procurando no fatigarse demasiado al hacer sus plegarias, hacían que arrojasen lo antes posible al difunto en la primera fosa vacante.

Se encontraban, por la mañana, sus cuerpos a las puertas de las casas donde habían muerto durante la noche. Se les metía a dos o tres de ellos en un mismo ataúd. Sucedió muy frecuentemente que en la misma caja fuesen la mujer y el marido, el padre y el hijo, los dos o tres hermanos. Muy a menudo, cuando dos sacerdotes iban con

la cruz a buscar un muerto encontraban tres o cuatro ataúdes cuyos cargadores seguían al primero, y así, en vez de enterrar a uno solo, enterraban seis u ocho, y a veces más. Ni cortejo, ni luminarias, ni sentimiento alguno les acompañaba. Se había llegado al extremo de sentir tanto la muerte de un hombre, como sentimos hoy la del animal más despreciable.

Los pueblos de los alrededores no economizaban menos. Privados de todo socorro médico, sin la ayuda de ningún criado, los pobres y desdichados labradores morían con sus familias, día y noche, en sus granjas, en sus chozas aisladas, en los caminos y hasta en los campos que cultivaban.

También abandonaron sus costumbres, como los habitantes de la ciudad. No volvieron a ocuparse de sus asuntos no de sí mismos, atareados como estaban en morir un día u otro, no pensando ni en trabajar ni en recoger el fruto de sus trabajos pasados, y sólo se dedicaron a consumir lo que tenían ante sí, y esto por todos los medios que puedan imaginarse. Las bestias, los ganados, los animales de tiro y la granja, los perros incluso, tan fieles compañeros del hombre, erraban de un lado a otro por los campos, por los cultivos cuyas cosechas se habían abandonado, sin ser recogidas, no tan siquiera cortadas. Después de haber pastado a discreción durante todo el día, algunos de aquellos animales volvían a sus cuadras sin que nadie les guiase y conducidos por su instinto.

En fin, volviendo a la ciudad, la crueldad de aquella peste fue tal, que durante cuatro o cinco meses murieron más de cien mil personas, número al que antes de aquella terrible calamidad no parecía que se elevase el de la población entera. ¡Oh, qué de grandes palacios, de hermosas casas, de nobles viviendas habitadas por numerosas familias y grandes personajes quedaron sin dueños y sin criados! ¡Oh, qué de apellidos ilustres, de opulentas herencias, qué de riquezas no tuvieron sucesor! ¡Cuántos hombres ilustres, mujeres hermosas y jóvenes amables y bizarros a los que Galeno, Hipócrates o Esculapio hubieran creído en un estado de salud perfecto, comieron por la mañana con sus parientes, sus compañeros, sus amigos y cenaron por la noche, en el otro mundo, con sus antepasados!

[...]

Introducción. En: Boccaccio, Juan. *El decamerón*. Madrid, Edimat Libros, 1998, pp. 13-19